


quico, cuando la esperiencia de tantas degradaciones y tantos escándalos no les hizo abolir aquel poder, que por su envilecimiento hacía confundir con el oprobio del Soberano la degeneracion del pais, y alentó los propósitos de la usurpacion con la creencia de que un pueblo que sufría resignado tan infando régimen, era bastante vil para aceptar el yugo del primero que tratara de imponérselo.



del primero de Paris se hec...

III.

ernando VII se encontró con el ejército francés invadiendo su territorio; Murat avanzando hácia Madrid, y su pueblo agitándose ante la opresion estraña que preveia. No tuvo valor para reclamar contra la invasion francesa, que él habia provocado, poniéndose en sus conspiraciones de Príncipe bajo la tutela de Napoleon; ni se atrevió á confiar en el pueblo, que habia concitado contra Godoy, á nombre de su amenazada independencia, y á quien juzgando á nivel de su pusilanimidad, reputaba incapaz de resistir al orgulloso Emperador de los franceses. El Monarca adoptó el sistema de las complacencias obsequiosas con Murat, y entre sus medrosas concesiones figura la devolucion de la espada

del prisionero de Pavía: es decir, que la presea del valor nacional fué devuelta por el miedo de un rey, que abdicaba los recuerdos de la historia de su pueblo. Savary, portador de un pérfido mensaje, inclinó al desatentado Soberano á una entrevista con el soldado omnipotente de la revolucion, y desoyendo los consejos de personas previsoras, resistiendo las súplicas de los pueblos, cuyos instintos presentian la traicion, y hasta rechazando con enojo toda representacion contraria á sus resoluciones, llegó de engaño en engaño hasta Bayona, donde debia consumarse el último escándalo en la familia borbónica española, y comenzar la obra de reconstitucion de nuestras instituciones: éra, que inaugurándose con la mas heróica de las luchas de este siglo, aun nos tiene ocupados en borrar las reminiscencias de las épocas pasadas, y en consolidar los intereses de un nuevo sistema sobre los caducos restos de poderes incompatibles con nuestro progreso; impotentes para conseguir su restauracion.

Reunidos á la presencia de Napoleon, Carlos, Maria Luisa y Fernando, tuvo lugar una escena, cuyo relato ruboriza. Carlos desahogó su rábía en el hijo que le arrancara la abdicacion á precio de la vida de su favorito; recordándole los datos de odiosa culpabilidad, que arrojaba el proceso célebre de San Lo-

renzo; llamándole *usurpador* y *asesino*. Maria Luisa llevó su colérico arrebato hasta el estremo de descargar una bofetada en el rostro del *amado*, y proferir aquella impúdica frase «*hijo mio, y no del rey,*» que unia á la falsedad la torpeza de la difamacion voluntaria. Fernando mostróse el mismo, que suscribió las indecorosas cartas del Escorial, firmando con Carlos la renuncia de la corona ibérica á favor de Bonaparte. Cuando llegó á su noticia la jornada del dos de Mayo en Madrid, se apresuró á sincerarse; no vacilando en calificar de facciosos y rebeldes á los hombres que habian vertido su sangre por la patria que él dejó huérfana, y victoreado en la lid el nombre de aquel Monarca desconocido, que pagaba con dictérios los sacrificios mas ilustres de la lealtad. Durante la lucha gloriosa, que nos ha valido la admiracion del mundo, Fernando, retenido en la cautividad de Valencey, no cesaba de pedir al emperador una princesa de su familia; felicitándole por sus victorias en España, y haciendo los votos mas ardientes por la destruccion de *aquellos bandidos*, que se hacian matar por sostener el trono de sus padres. *El Monitor* publicaba estos singulares documentos; pero los ilusos españoles los creian apócrifos; no pudiendo concebir que cupiese tanta postracion en el alma de un hombre, cuanto mas en la de un Príncipe. Solo daban

crédito á estas cartas los cortesanos del tiempo de Godoy, que tenian formado el justo concepto de aquel escaso espíritu, por la experiencia de sus inhábiles maquinaciones, y de la humillacion á que sabia resignarse, una vez descubiertas sus trazas.

La guerra de la Independencia respondió al dos de Mayo como el eco á la voz. A la revolucion de Madrid contestó el levantamiento de la Península, y al grito conmovedor de los mártires, que dieron su vida á la santa causa, siguió el aterrador rugido de un pueblo, levantándose iracundo contra los invasores. Las memorias del mismo Napoleon hicieron justicia á nuestro alzamiento:—«Irritó á los españoles la idea del desprecio que se les hacia, (dice la «tal memoria), se sublevaron á vista de la fuerza, y se portaron en masa como un solo hombre de honor.»

¡La guerra de la Independencia! Bien queria el autor de esta crónica detenerse en tan brillante periodo; mas en el plan de nuestra reseña histórica, preliminar indispensable para dar á conocer los antecedentes peculiares á cada partido, no cabe el cuadro guerrero, sino el social. No estarian en su línea correspondiente los inolvidables hechos de armas, sino los sucesos públicos, que figuran como sus inmediatas consecuencias en la esfera política, que nos incumbe recorrer, para venir

á parar en los acaecimientos contemporáneos; sin volver atrás la consideracion á cada punto, distrayendo los ánimos del interés de la accion.

Y ademas, ¿se necesita hoy una descripcion de aquellas jornadas? ¿Qué español no sabe que hay en la córte de España un monumento, consagrado á la memoria sublime de los héroes del dos de Mayo; de aquel pueblo, que se estrelló, rugiendo de ira contra las bayonetas de sus opresores; que vendió tan caras sus vidas á los soldados del invasor; que entre mil individualidades bizarras, aunque incógnitas, legó á la historia los nombres de Daoiz y Velarde, como símbolo del patriotismo mas acendrado; que dejó casi todos sus adalides hechos pedazos por la metralla; acuchillados por las caballerías polaca y mameluca; fusilados en pelotones por una soldadesca ébria de vino y sangre?... ¿Qué español no se descubrirá la cabeza con respeto al atravesar las ásperas gargantas del Bruch, testigo del primer combate campal entre catalanes y franceses, y donde trescientos paisanos mal armados pusieron en fuga á cuatro mil veteranos de la division de Schwartz...? ¿Qué español no se estremece de orgullo al recuerdo de Bailen; aquel teatro de gloria para un ejército bisono de alentados andaluces; aquella página grandiosa de la ilustre vida de Castaños,

compartida por la bravura de Reding; aquel campo de humillacion para los hunos de la Europa y los generales que dirigian su amenazadora espedicion...? ¿Qué corazon ibero no palpita ante esa Zaragoza inmortal, baluarte de la independenciam, timbre venerando de la nobleza de Palafox, que dió heroínas á la santa causa, y embestida pujantemente en dos ocasiones entregó al enemigo los escombros de una ciudad; los cadáveres de sus héroes por preseas de victoria; una poblacion estenuada por el hambre, la fatiga, y el ambiente fétido de la peste que la dieztaba...? ¿Quién de nosotros no ha visto correr una lágrima por la megilla de algun viejo militar, á la recordacion de esa Gerona imponderable, que abrió la tumba á veinte mil soldados de Saint-Cir; que encontró un defensor en cada persona; donde las mugeres alternaron con los hombres en los trances de la pelea; donde Alvarez ganó el laurel de los valientes y la palma de los mártires...? ¿Qué alma española no se llena de furor al traer á mientes las crueldades con que Suchet vengó sus descalabros en Tarragona, entregando á todos los instintos sanguinarios y rapaces la ciudad, émula de Gerona y Zaragoza...? ¿Quién de nosotros no cuenta un pariente entre los vencedores de Ciudad-Rodrigo, Arapiles, Vitoria, San Marcial, y Tolosa...? ¿Quién no memora un dia de luto para su fa-

milia en las tristes jornadas de Rio-seco, Lerin, Somosierra y Murviedro...? Y por complemento de este cuadro militar, ¿quién desconoce las proezas increíbles, las audaces maniobras, las aventuras singulares de esos guerrilleros; Espoz y Mina, Eroles, Milans, Manso, el Empecinado, Jáuregui (el pastor), Merino, y tantos otros surgiendo de entre las últimas filas populares al impulso del sagrado amor pátrio, hicieron una guerra esterminadora al invasor, que cuando no sufría imprevistos ataques, escaseaba de instrucciones y vituallas por la interceptacion hábil de correspondencias y convoyes...? Escríbase la historia de esta lucha para instruccion y ejemplo de las generaciones venideras. La nuestra no há menester en sus crónicas mas que oír el nombre de la Independencia, para que los hombres y los hechos acudan de golpe á su imaginacion. Examinemos la faz política de esta época inolvidable.

La nacion sin rey fué tan grande como pequeña se la suponía bajo el imperio de Carlos IV y Fernando VII. Al dos de Mayo siguieron los levantamientos de Andalucía, Castilla, Asturias, Galicia y Cataluña. Los pueblos alzados contra la invasion francesa, ó conservaron las autoridades que se adherian á la causa del honor nacional, ó sacrificando á su indignacion las que resistian el movimiento, nombraron juntas, investidas de todos los po-

deres necesarios para hacer frente á lo excepcional de su situacion. Las autoridades establecidas en Madrid por el iluso Fernando para gobernar el pais durante su ausencia, escitaron á los pueblos á reconocer la doble abdicacion á favor de Bonaparte, y la renuncia de Napoleon en su hermano José; llamando á Bayona diputados de las ciudades, que tuviesen por sus fueros voto en Córtes, con el fin de arreglar una Constitucion política para la monarquía. La junta de Sevilla tuvo la honrosa iniciativa en la declaracion de guerra al vencedor de Austerlitz, Marengo y Arcola, y Europa que habia visto cejar sus mejores ejércitos ante aquel ejército de las águilas en las banderas tricolores, y morir y nacer nacionalidades á merced del cálculo del Corso, concedió sus simpatías á un pueblo bastante alentado para desafiar la cólera del favorito de la fortuna guerrera. Inglaterra suspendió las hostilidades, declarándose aliada del pais, que con tal ardimiento aprestábase á contrastar el poderío de un enemigo, que meditaba de continuo la ruina de la Señora de los mares. Algunos españoles acudieron á la convocacion de Bayona, dándose el título de *Notables*, y sancionaron una Constitucion, que planteaba en España el sistema liberal; pero España rebusó la libertad de las manos de un extranjero. El partido afrancesado, compuesto

yá de hombres de esa calaña, que volviendo las espaldas al sol que se pone, saludan al sol que nace; yá de otros, deslumbrados por la gloria del emperador francés, y crédulos de las gratas promesas con que encubria sus ambiciosos planes, y yá de algunos espíritus violentos, antipáticos á la dinastía borbónica, nunca contó sino una minoría escasísima de nobles, mal avenidos con la familia real, intrigantes y especuladores, y tal cual iluso, que recogió el menosprecio por fruto de su defeccion á la causa de la independencía, y lloró en la emigracion su yerro, hasta que la generosidad abrió las puertas de la pátria á los míseros restos de un partido, que el decoro nacional hizo imposible, y que murió con la vergüenza de haber existido.

Para la preparacion á la resistencia bastaban las Juntas. Sus poderes correspondian á lo apremiante de la situacion. Apoyaba sus medidas para la improvisacion de recursos la voluntad de un pueblo, que nada reconocia preferente á los medios de defensa de que habia menester su patriotismo. Dinero, armas, soldados: todo lo hallaron las juntas á la primera demanda: todo se encontró dispuesto. Comenzaba la accion despues de los preparativos, y para este objeto las juntas eran insuficientes. Se pusieron en correspondencia entre sí, como cantones de una república fe-

derativa; pero pronto hubieron de comprender que hacia falta una direccion que presidiera á todos los trabajos, evitando los amargos frutos de las rivalidades de unos pueblos con otros, y las consecuencias de cualquiera alteracion de buenas relaciones. Ademas pesaban sobre las Juntas dos encargos á cual mas delicados: suplir la falta de gobierno central, y entender en la defensa de sus respectivos territorios. Era imposible que diesen los resultados apetecidos las tareas aisladas, y muy de temer que los acuerdos de una Junta se complicaran de una manera fatal con las resoluciones de otra, involucrando así las difíciles circunstancias de la Península. La necesidad de un gobierno supremo se hizo sentir cada vez mas urgente, y empezaron con este motivo las pretensiones de dos elementos sociales al poder central; núcleo de los poderes de aquellas Juntas, que habian dado impulso al glorioso alzamiento; contando por obra de sus afanes las dos victorias del Bruch, los somatenes del Principado y la jornada de Bailen.

En Castilla, Cárlos primero habia concluido con la representacion popular en los consejos y municipios, y cercenado la influencia de la clase hidalga, haciendo prevalecer al procezo en estas corporaciones. Castilla estaba pues acostumbrada, desde la tragedia de sus

famosas Comunidades, á que los cargos concejiles constituyesen un patrimonio de la nobleza. Aragon, apesar de los rudos golpes dados á sus instituciones principales por el terrible Felipe Segundo, gozaba aun muchos de sus fueros; admitía á los nobles en sus Ayuntamientos, pero el estado llano y hombres buenos retenían el poder popular, conservando dignamente la tradicion del antiguo réjimen pátrio. Cataluña habia salvado de las formidables iras de Felipe Quinto su sistema libre; sus *consells* de industriales y jornaleros, y sus gremios que daban una existencia respetable á los artesanos; tan desatendidos y menospreciados en otras provincias. La aristocracia catalana se sentaba en los bancos del consejo al nivel del estado llano, y honraba á las clases productoras.

El Consejo de Castilla se abrogó el mando á nombre del poder aristocrático, y aunque este cuerpo ilustre tuviese títulos muy altos á la consideracion del país, no eran suficientes para servir de centro á la accion de provincias, mucho mas libres que aquellas en quienes ejercia de ordinario su jurisdiccion. Fueron rechazadas sus aspiraciones, y aunque el general Cuesta trabajó por hacerse un partido militar, prendiendo á los diputados de la junta de Leon en el Alcázar de Segovia, y estendiendo proclamas en apoyo del Conse-